

La vida no lo es todo

Historias sobre la felicidad aptas para infelices

de Denise Despeyroux

“Quien habla de la felicidad suele tener los ojos tristes.”

Louis Aragon

Prólogo

Suena la canción “Nuestro juramento”, de Julio Jaramillo. Los actores van asumiendo en el escenario distintas posiciones en las que permanecerán inmóviles y con el rostro y la mirada expuestos al público, mientras escuchan la canción. Las posiciones son en total cinco y tienen cierto aire de foto de familia. Aunque los rostros de los actores no se vean alterados por ningún gesto evidente, es notorio que la música y las diferentes posiciones que asumen provocan en ellos una afección. Es decir, son personas vivas, expuestas y perturbadoramente visibles, aunque parezca que sea muy poco lo que hacen. La letra de la canción es la que sigue.

No puedo verte triste porque me mata
tu carita de pena, mi dulce amor,
me duele tanto el llanto que tú derramas
que se llena de angustia mi corazón.

Yo sufro lo indecible si tú entristeces,
no quiero que la duda te haga llorar,
hemos jurado amarnos hasta la muerte
y si los muertos aman,
después de muertos amarnos más.

Si yo muero primero, es tu promesa,
sobre de mi cadáver dejar caer
todo el llanto que brote de tu tristeza
y que todos se enteren de tu querer.

Si tú mueres primero, yo te prometo,
escribiré la historia de nuestro amor
con toda el alma llena de sentimiento;
la escribiré con sangre,
con tinta sangre del corazón.

1. Nadie es más feliz que yo

Personajes:

BERNARDO, joven de treinta y pocos años

CARLA, pareja de Bernardo, de su misma edad

LEO, amigo íntimo de la pareja, misma edad

ALICIA, tortuga de Carla, edad sin determinar

Bernardo y Leo se encuentran en el salón del pequeño apartamento de Carla y Bernardo tomando el té.

BERNANDO: (Con el mando a distancia en la mano) ¿Te importa si lo pongo?

LEO: ¿Otra vez? Bueno, va, ponlo, ponlo.

Bernardo le da al mando distancia y suena “Como se adora el sol”, de Julio Jaramillo. Va cantando la canción con la mirada perdida en el infinito mientras parece estar sufriendo todas las penas que el desamor inflige a cualquier corazón enamorado. Leo lo mira, luego saca una bata de guardería de su mochila y empieza a coserle el dobladillo al mismo tiempo que, de reojo, observa a su amigo. Cuando ya no puede más, para la música con el mando a distancia.

LEO: ¡Basta ya de Julio Jaramillo! Estoy harto de Julio Jaramillo. Tienes a tu mujer en casa. No la has perdido. Yo no sé a qué viene estar oyendo todo el tiempo boleros.

BERNARDO: No son boleros, son pasillos.

LEO: ¿Qué son qué?

BERNANDO: Pasillos. Es un género musical sudamericano que se llama así.

LEO: Bueno, pues corta ya con los pasillos esos. La verdad es que no te entiendo.

BERNARDO: Ya. Lo he notado.

LEO: Vamos a ver... En resumen todo tu problema se reduce a que Carla...
¿cómo lo has dicho exactamente? “Emana todo el tiempo una felicidad
insoportable” ¿Era algo así?

BERNARDO: Sí, esa es una de las cosas que quería que entendieses.

LEO: ¿Pero no ves que suena completamente absurdo?

BERNARDO: Tú haces que parezca absurdo.

LEO: Bernardo... ¿qué persona normal estaría tan preocupada simplemente
porque su pareja se muestra de repente feliz y con ganas de complacerle?

BERNARDO: Tú no sabes hasta qué punto puede llegar a ser insoportable que
te complazcan.

LEO: A ti lo que te pasa es que eres un arrogante y un desagradecido que no se
merece a una chica como Carla.

BERNARDO: De acuerdo, Leo, muy bien, soy horrible, monstruoso,
desconsiderado... todo lo que tú quieras. Pero olvidémonos ahora de mí,
olvidémonos del infierno que estoy pasando desde que volvimos de las
vacaciones. Vamos a centrarnos en Carla. Tú conoces muy bien a Carla, casi tan
bien como yo.

LEO: Yo diría que mejor.

BERNARDO: Bueno, estupendo, mejor. Entonces tendrás que reconocer que
nunca ha sido precisamente una persona optimista.

LEO: Bueno, ¿y qué? La gente cambia. Si ahora Carla de repente se siente feliz
y optimista, mejor para ella, ¿no? Y para ti también... Eso es lo que no
entiendo... ¿no es bueno para ti que ella esté feliz?

BERNARDO: Es nefasto. Es simplemente nefasto.

LEO: ¿Pero por qué?

BERNARDO: Porque es una felicidad absolutamente exasperante, enfermiza,
imbécil.

LEO: Lo tuyo sí que empieza a parecer enfermizo, Bernardo.

BERNARDO: Escúchame bien, Leo. Durante los tres años que llevo viviendo con ella, siempre que se acaba el verano y volvemos de las vacaciones Carla se hunde.

LEO: Como todo el mundo.

BERNARDO: Sí, exacto, ahí quería llegar. Siempre ha sido completamente normal en ese sentido. Le entra la típica depresión postvacacional que sufre toda la gente sana: el horror de la vuelta a la rutina y al trabajo. Se pone cascarrabias, pesada, quejica, negativa...

LEO: ¿Y tú echas de menos todo eso?

BERNARDO: Pues sí, Leo, pues sí. Al lado de lo que tengo que soportar ahora, sí. ¿Tú sabes lo que es oírle hablar bien hasta del capullo de su jefe?

LEO: ¿En serio? ¿De su jefe? ¿Del que yo conozco? ¿Ese tipo tarado, prepotente, inculto y con una exagerada y deprimente falta de imaginación?

BERNARDO: El mismo.

LEO: Eso sí suena un poco extraño.

BERNARDO: También adora a sus compañeros, a los clientes, a los comerciales, a los técnicos, a los funcionarios y a los vecinos. Adora a todo el mundo.

LEO: ¿Y no será que se ha vuelto budista?

BERNARDO: A juzgar por la compulsión consumista que la domina y la ha llevado a sacar dos nuevos créditos, yo diría que no. A no ser que el budismo contemporáneo sea más ecléctico de lo que yo pensaba y encaje perfectamente con el capitalismo occidental.

LEO: La principal virtud del capitalismo es que encaja con todo, Bernardo.

BERNARDO: Bueno, aún así... No... no creo que se haya vuelto budista.

(Bernardo vuelve de pronto la cabeza hacia un lado de la mesa camilla) ¡Sal de aquí bicho asqueroso, ni se te ocurra acercarte a menos de diez centímetros de mí porque te juro que te aplasto, por muy duro que tengas el caparazón!

LEO: ¿A quién le hablas?

BERNARDO: A Alicia.

LEO: ¿Alicia?

BERNARDO: La nueva adquisición de Carla. Una tortuga que trajimos de Isla Mauricio Dos, donde fuimos a veranear.

LEO: ¿Isla Mauricio Dos?

BERNARDO: Sí, ¿no te habíamos dicho dónde íbamos?

LEO: Bueno, sí, sabía que ibais a las Mascareñas, ya imaginaba que sobre todo a Isla Mauricio...

BERNARDO: No, no fuimos a isla Mauricio. Fuimos a isla Mauricio Dos.

LEO: ¿Y qué es eso?

BERNARDO: Es una isla mucho más pequeña que isla Mauricio, y se conoce muy poco. La preferimos sobre todo porque hay mucha menos pobreza y muchos menos turistas ricos. Ya te digo que es un lugar apenas explotado. Y además el viaje salía muchísimo más barato.

LEO: ¿Pero cómo pudisteis traer una tortuga? ¿Eso es legal?

BERNARDO: Claro que no. Es totalmente ilegal. Lo hicimos de contrabando. Además es una especie protegida.

LEO: Muy bonito. Te molesta el expolio de los turistas ricos en isla Mauricio, pero tú te vas a isla Mauricio Dos, por lo que me cuentas un islote prácticamente virgen, y te traes a una especie protegida para que malviva en un pisucho de Madrid.

BERNARDO: Esta tortuga no malvive y si esto es un pisucho no sé qué será lo tuyo. Y ahora no me des un sermón ecologista. Yo no tuve nada que ver con lo de la tortuga, fue todo culpa de Carla. Yo me opuse rotundamente, pero ella estaba encaprichadísima.

LEO: ¿Y cómo trajisteis al pobre bicho?

BERNARDO: Lo metimos en la maleta y lo facturamos con el equipaje. Yo tenía esperanzas de que se muriera en el camino. Pero no; en cuanto Carla lo

depositó amorosamente en el suelo, sacó su gorda cabeza rosada y se puso a corretear por el piso.

LEO: ¿A corretear? ¿Las tortugas no van muy lentas?

BERNARDO: Esta no. Esta va a toda pastilla. Es algo de la raza. En isla Mauricio Dos adoran a estas tortugas que corretean por todas partes. Mucha gente las tiene en sus casas. Tortugas smiling las llaman, porque tienen la boca torcida y parece que estén todo el tiempo sonriendo. Igual que ellos, ahora que lo pienso...

LEO: ¿Ellos quienes?

BERNARDO: Los autóctonos de Isla Mauricio Dos. Tienen una eterna sonrisa boba en la cara y siempre están contentos.

LEO: Pues de ahí se le habrá pegado a Carla lo de la felicidad.

BERNARDO: Sí, claro, por contagio... Ojalá fuera tan simple.

LEO: ¿Y por qué se llama Alicia?

BERNARDO: El asunto del nombre es completamente aberrante. Para empezar, la tortuga vino sin nombre. De hecho Carla al principio sentía por ella simplemente la curiosidad normal que siempre le despierta cualquier bicho un poco raro.

LEO: Como tú, por ejemplo.

BERNARDO: Sí, ya... Y como cree que esta casa es pequeña para los bichos que suelen gustarle, menos para mí, que me adapto a cualquier parte, una tortuga smiling le pareció la mascota ideal. Y se la trajo. A los pocos días de haber vuelto a casa comenzó a manifestar esa felicidad repugnante y enfermiza. Así que cuando murió su abuela, hace un par de semanas, Carla apenas se inmutó.

LEO: ¿Ah no?

BERNARDO: No. En el entierro sonreía con esa sonrisa imbécil. Todo el mundo lo interpretó como una muestra de lo turbada que estaba, pero yo no me dejé engañar. Cuando volvimos a casa, ¿sabes lo que hizo?

LEO: ¿Qué hizo?

BERNARDO: Levantó la tortuga con las dos manos, le dio un beso en la frente...

LEO: ¿En la frente? ¿Las tortugas tienen frente?

BERNARDO: Bueno, más o menos sí, ¿no? No importa. La cosa es que besó a ese bicho inmundo en alguna parte de su cabeza infecta y le dijo: “A partir de ahora vas a llamarte Alicia, como la abuela”. ¿A ti te parece que esa es una reacción natural ante la muerte de un ser querido?

LEO: Bueno, cada uno...

Se oye el ruido de la llave en la cerradura y a continuación la voz de una mujer rebotante de felicidad. Es la voz de Carla.

CARLA: Hola, mi tesoro, ¿cómo estás?

LEO: ¿Te llama tesoro?

BERNARDO: No es a mí.

LEO: Ah, ya...

CARLA: ¿Qué has hecho hoy, preciosa? ¿Ya has conseguido que te acepte tu amito?

BERNARDO: ¡No soy su amito!

CARLA: Tu amito está refunfuñón, como siempre. Vamos a ver si conseguimos animarlo un poco.

Aparece Carla. Primero se dirige a Alicia, a quien no tenemos el placer de ver porque no se atreve a entrar al salón. Después descubre a Leo.

CARLA: Vamos, no seas tímida. Lo ves, Bernardo, no se atreve a acercarse a ti porque sabe que no la quiere... Pero si está aquí Leo. Alicia, mira, ven, tienes que conocer a Leo. Carla se acerca a besar efusivamente a Leo. Leo, cariño, por fin has vuelto de... ¿adónde fuiste?

LEO: No fui a ninguna parte, Carla, he pasado aquí todo el verano.

CARLA: Pero nosotros no te hemos visto.

LEO: Claro, sois vosotros los que habéis estado turisteando en islas exóticas.

CARLA: Pero Leo, podías haber venido con nosotros a isla Mauricio Dos. Te hubiera encantado. Bernardo, ¿te das cuenta de que Leo podría...

BERNARDO: Sí, me doy cuenta.

LEO: No Carla, no podía ir, no tenía dinero.

CARLA: ¿Dinero? No Leo; no puedes dejar que te frene el dinero. El dinero se convierte en algo muy desagradable cuando te impide hacer las cosas que te gustan. Hay que olvidarse del dinero. Hay que usar la tarjeta visa.

LEO: ¿La visa?

BERNARDO: El nuevo gran descubrimiento de Carla.

LEO: Pero Carla, ¿qué estás diciendo? Tú siempre has tenido tan poco dinero como yo. Pero si os habéis pasado todo el año ahorrando sin poder tomar fuera ni un café, para poder hacer ese viaje.

BERNARDO: Eso es exactamente lo que trato de recordarle yo cada día.

CARLA: Vamos, no os pongáis a hablar de dinero, que hay temas muchísimo más bonitos. Bern, ¿sabes lo que te he traído hoy para cenar?

BERNARDO: ¿Por qué será que me lo imagino? (Con cinismo.) A ver, mi vida, sorpréndeme.

CARLA: Te he traído dos bandejas de sushi, tu plato preferido.

BERNARDO: Carla, llevamos toda la semana comiendo sushi, día tras día. Te aseguro que a estas alturas ya ha dejado de ser mi plato preferido.

CARLA: ¿Pero por qué no me lo has dicho antes, amor?

BERNARDO: Lo he hecho, con diversos matices de ironía, pero parece haber perdido toda capacidad para captarla.

CARLA: Bajo ahora mismo a comprar una pierna de cordero, que es tu segundo plato preferido. Leo, ¿a ti te gusta el sushi?

LEO: Sí, me encanta.

CARLA: Maravilloso. Entonces cenaremos sushi y cordero.

BERNARDO: Carla, ¿no entiendes que si sigues a este ritmo dentro de una semana ya no vamos a tener dinero para comer? Acabaremos teniendo que usar la tarjeta de crédito hasta en el supermercado.

CARLA: Tranquilo, cariño, ya estoy usando la visa en el super.

BERNARDO: ¡¿En el supermercado?!

CARLA: La visa está para eso, cariño, para usarla.

BERNARDO: Sí, por supuesto. Y cada vez que tú la usas el banco te carga un 25 % de intereses.

CARLA: Me parece muy bien que te cobren si te hacen un servicio.

BERNARDO: Es increíble... Carla, el crédito de la visa algún día se va a agotar, ¿entiendes? Se va a agotar.

CARLA: No seas tan alarmista. Vuelvo enseguida con la pierna de cordero.

¿Queréis algo más, chicos? (Divertida.) Paga el banco.

LEO: No, gracias. El sushi con el cordero me parece una combinación estupenda.

CARLA: Voy a traer algún vinito especial. (A Alicia, que sigue sin atreverse a entrar al salón.) Y para ti, preciosa, unos espárragos bien ricos.

(Sale.)

LEO: ¿Ha dicho unos espárragos? ¿Las tortugas comen espárragos?

BERNARDO: Ésta sí.

Silencio.

LEO: Ahora que he visto a Carla sí que me parece que le pasa algo raro.

BERNARDO: ¿Ves? Te dije que está totalmente idiota. No piensa, no desea, no espera, no teme, no sufre... Simplemente es feliz. Con una felicidad desesperada y caprichosa.

LEO: No es Carla.

BERNARDO: No, no es Carla.

Silencio.

LEO: ¿Has pensado en llevarla a un psicólogo?

BERNARDO: No creo en los psicólogos, Leo.

LEO: Yo... tiene que ser muy duro para ti. En cierta manera es como haberla perdido. Es como si la verdadera Carla hubiera desaparecido...

BERNARDO: ¿Por qué te crees que escucho a Julio Jaramillo? ¿Ahora lo entiendes?

LEO: Sí, sí que lo entiendo. (Coge el mando a distancia y se dispone a poner a Julio Jaramillo.)

BERNARDO: No, Leo, no lo pongas más. Tengo que salir de este estado de melancolía permanente. A partir de mañana voy a pasar a ser un hombre de acción.

LEO: ¿Un hombre de acción?

BERNARDO: Sí, buscaré soluciones. Mañana mismo acudiré a un experto en fenómenos paranormales. ¿Tu primo no hacía cosas de esas?

LEO: No, mi primo tiene una novia que es médium. Pero... yo... insisto, ¿no sería mejor que la llevaras a un psicólogo?

BERNARDO: ¿A ti te parece que tiene algo de sensato lo que le pasa?

LEO: No...

BERNARDO: ¿Entonces para qué quieres un experto en sensatez?

LEO: Ya...

BERNARDO: No hablemos más de este asunto, Leo. Cuando vuelva Carla nos comeremos esa pierna de cordero.

LEO: (Muy triste.) Y el sushi.

BERNARDO: El sushi es todo tuyo.

Silencio.

LEO: Cuenta conmigo para lo que quieras.

Bernardo lentamente se acerca a su amigo, conmovido, y lo abraza como si se estuviera despidiendo de él para ir a una guerra. Leo literalmente se lo tiene que sacar de encima y devolverlo a su silla. Luego, Leo cogerá su bata de guardería, que antes ha dejado en el respaldo de la silla.

BERNARDO: ¿Es la bata de tu nuevo trabajo?

LEO: Sí, mira, me vas a ayudar. (Se prueba la bata.) ¿Cómo me la ves de largo? Me he hecho yo el dobladillo.

BERNANDO: Bien, yo la veo bien. ¿Y cómo te va en el nuevo trabajo?

LEO: Es horroroso. Una verdadera pesadilla.

BERNARDO: ¿Pero es algo provisional, no?

LEO: Sí, eso espero. Una guardería para hijos de diplomáticos extranjeros. Tú no sabes lo que es eso. Un auténtico infierno.

BERNARDO: Seguro que estás exagerando, Leo. No puede ser más infernal que cualquier otra guardería.

LEO: ¿Tú sabes lo que es estar rodeado de VICs todo el puñetero día?

BERNARDO: ¿De VICs? Querrás decir de VIPs.

LEO: No, no, no. De VICs, Very Important Children, los hijos de esa Very Important People. Los padres de esos niños son cónsules, embajadores, confidentes, espías, agentes secretos...

BERNARDO: Suena interesante...

LEO: Sí, ya... Es posible que también haya algún traficante de tortugas al que no le importe aniquilar especies en peligro de extinción...

BERNARDO: No me sermonees...

LEO: ¿Tú te imaginas los aires de superioridad que pueden llegar a darse unos niños acostumbrados a no dar un solo paso sin ir acompañados de sus guardaespaldas?

BERNARDO: ¿También van a la guardería?

LEO: ¿Sus guardaespaldas? Por supuesto, ¿por qué te crees que es tan difícil corregir a esos niños? Porque supone tener que enfrentarte primero con un tipo que mide dos metros. Los guardaespaldas son especialistas en malcriar y consentir a los niños. Son muchísimo peores que las niñeras.

BERNARDO: ¿En serio?

LEO: En serio. Son hombres que, por su oficio, no están acostumbrados a la ternura. Entonces se ablandan completamente ante una sonrisa infantil, por más falsa que sea, y son capaces de ponerlo todo a los pies del niño. Hasta las armas.

BERNARDO: ¿Las armas?

LEO: (Sacando algo del bolsillo.) ¿Quieres ver lo que he confiscado esta tarde?

BERNARDO: ¿Una pistola?

LEO: No, no pueden entrar con pistolas. Hay un detector de metales en la puerta. Pero mira. (Le enseña dos pares de esposas.)

BERNARDO: Pero si son de plástico. Leo, estas esposas son de juguete. Son completamente inofensivas.

LEO: ¿Inofensivas? Para empezar este plástico es tan duro como cualquier metal, Bernardo. Es un plástico patentado para fabricar armas, armas de juguete, pero armas al fin.

BERNARDO: ¿En serio?

LEO: En serio: porras, garrotes, estacas. Este es el tipo de cosas que los guardaespaldas regalan a sus queridos niños. Mira... (Le enseña la parte interior de las esposas.) ¿Ves estos pinchos? Una compañera mía estuvo tres horas amordazada y enganchada a un radiador con estas esposas. No te puedes

imaginar cómo le quedó la muñeca. Ya verás... (Comienza a esposarse a la silla.)

BERNARDO: ¿Pero, qué haces Leo? Te vas a hacer daño.

LEO: Sólo voy a mostrarte las marcas que me quedan en la muñeca por estar esposado cinco minutos.

BERNARDO: Leo, no es necesario.

LEO: Sí, quiero hacerlo. Ay, mierda, cómo duele.

BERNARDO: Leo, en serio, no es necesario.

LEO: No pasa nada. Es soportable. A largo plazo te destroza la muñeca, pero durante un rato es soportable.

BERNARDO: ¿Dónde tienes las llaves?

LEO: En el bolsillo de mi mochila, que está en la entrada. ¡Ayyyyyy!

BERNARDO: ¡Tranquilo, ya voy, voy a buscarlas!

LEO: ¡No.... es el pie, el pie... me duele mucho el pie!

BERNARDO: ¿El pie? ¿Qué te pasa en el pie? (Se arrodilla junto a Leo.)

¡Bicho repugnante, fuera de aquí ahora mismo... la próxima vez que te vea te corto la cabeza! (Alicia sale corriendo, tan veloz que ni la vemos.) Ha sido Alicia.

LEO: ¿Alicia?

BERNARDO: Sí, muerde. ¿No te había avisado? Por eso no dejo que se me acerque. (Dirigiéndose a Alicia, que observa la escena más allá del umbral del salón.) A mí aún no te has atrevido a mordirme, ridículo reptil de color fresa.

LEO: Alicia... ¿dónde está esa cosita preciosa de su tío?

BERNARDO: De su tío... Menos guasa, que va a venir a morderte otra vez.

LEO: Si tú eres su papi yo soy su tío. Prácticamente tú y yo somos como hermanos.

BERNARDO: Voy a quitarte las esposas. Estás delirando; debe de ser por los pinchos.

LEO: No, déjalas, me gustan. Me hacen cosquillitas.

BERNARDO: ¿Cosquillitas? Leo, ¿qué te pasa? ¿Y por qué sonríes así?

LEO: ¿Así cómo?

BERNARDO: Con esa sonrisa imbé... (De pronto se queda paralizado, pues de repente comprende. Se oyen las llaves en la cerradura y después la voz de Carla.)

VOZ DE CARLA: Hola mi preciosa. Tienes un poco de sangre en la boquita. Te queda muy linda con esos dientecitos tan blancos. Pero voy a limpiarte, que estás manchando la alfombra. ¿Por qué no entras al salón?

BERNARDO: ¡Ni se te ocurra dejarla entrar en el salón! ¡Te juro que si entra la tiro por la ventana! ¡Te lo juro!

Aparece Carla.

CARLA: Mi amor, ¿por qué te pones tan agresivo? Vamos a cenar felices los cuatro.

LEO: Sí, los cuatro. ¿Dónde está Alicia? Yo puedo compartir mi sushi con ella...

CARLA: No es necesario, Leo. Ella cenará espárragos y buñuelos de bacalao.

BERNARDO: Carla, siéntate.

CARLA: Voy a poner la pierna de cordero en el horno, mi amor.

BERNARDO: En el horno... (Pausa.) No, yo lo haré. Yo meteré el cordero en el horno. Siéntate aquí un momento. Tengo una sorpresa para ti.

CARLA: ¿Una sorpresa? Qué bonito. Me encantan las sorpresas.

LEO: A mí también.

CARLA: Leo, ¿qué haces esposado?

BERNARDO: Explícale que las esposas hacen cosquillitas, Leo.

LEO: Sí, hacen cosquillitas. Es muy divertido.

BERNARDO: ¿Te gustaría probar, Carla? Mira, aquí tengo otras.

CARLA: Sí, yo quiero cosquillitas.

BERNARDO: (Le pone las esposas a Carla.) Muy bien. Los dos esposaditos y con cosquillitas. Y ahora vamos a calentar el horno. (Sale. Se oye su voz.)

¡Alicia! Alicia, ven con papá. Papi te tiene preparada una sorpresita.

CARLA: Me encanta que por fin hayan hecho las paces.

LEO: Sí, a mí también.

CARLA: ¿Qué tal tu nuevo trabajo, Leo?

LEO: Muy bien, es maravilloso. Las esposas son de allí.

CARLA: ¿Ah sí? Son estupendas. Se está muy bien con ellas.

LEO: Sí, se está muy bien, ¿verdad?

(Pausa, en la que se miran sonrientes y ridículos el uno al otro.)

CARLA: ¿Tienes hambre? Yo mucha, mucha hambre. Y me encanta.

LEO: Pues sí, yo también, mucha hambre. Vamos a devorar el cordero.

CARLA: ¡Ay, Leo, nadie es más feliz que yo!

LEO: ¡Ni que yo, ni que yo tampoco!

Aparece Bernardo en el umbral de la puerta. Está sudoroso y despeinado, como si hubiera mantenido una lucha. Lleva un cuchillo en la mano y tiene en la camisa manchas de sangre.

BERNARDO: El cordero ya está en el horno.

CARLA: Muy bien, mi amor. No te olvides de ponerle sal.

Carla y Leo ríen, ríen y ríen, y su risa es lo más siniestra que puede llegar a ser una risa humana.

2. EL DESALOJO

Personajes:

Olivia, médium experta

Úrsula, médium inexperta

Bernardo, víctima

(Nueva casa de Bernardo. Música misteriosa que acompaña la entrada de las dos médium. Úrsula deposita con cuidado una maleta sobre la mesa y va sacando sus enseres. Olivia explora el espacio en busca de presencias. Cuando terminan su “coreografía” y cesa la música, comienza el diálogo, con la misma atmósfera de misterio. La actitud de Olivia va oscilando a lo largo de la pieza entre un tono casi de trance y otro completamente natural y práctico. La actitud de Úrsula es simplemente ingenua, si es que la ingenuidad puede ser simple.)

Olivia: ¿Tú captas?

Úrsula: Sí, sí capto. ¿Y tú?

Olivia: Sí, yo también capto.

(Pausa.)

Olivia: ¿Tú cuántos?

Úrsula: Tres, de momento tres. ¿Y tú? ¿Tú cuántos?

Olivia: Yo más de tres.

Úrsula: A ver... Hay uno que está todo el tiempo en la cocina.

Olivia: Sí, ese es Arturo.

Úrsula: ¿Arturo se llama?

Olivia: Sí, Arturo.

Úrsula: Después hay una pareja.

Olivia: Sí, Begoña y Rafael.

Úrsula: ¿A esos también les has sonsacado el nombre?

Olivia: Yo no sonsaco nada a nadie. Simplemente pregunto educadamente y obtengo respuestas.

Úrsula: Pues a mí ningún espíritu me ha contestado una pregunta en la vida.

Olivia: Así te va.

(Pausa.)

Úrsula: Bueno, ¿y quién más hay?

Olivia: ¿Quién más?

Úrsula: ¿No decías que habías captado más de tres?

Olivia: Sí, después está Samuel, que es ciego.

Úrsula: ¿Ciego?

Olivia: Sí, quedó ciego en un accidente que tuvo después de morir y aún no ha aprendido a manejarse. Eso explica que en la casa haya tanto ruido. Es Samuel, que se va tropezando todo el tiempo con las cosas.

Úrsula: Ay, pobre...

Olivia: Y por último hay tres hermanas adolescentes, completamente insoportables.

Úrsula: ¿Cómo se llaman?

Olivia: *(Va de un lado a otro, como en trance, conducida por las voces de las pequeñas, que revelan sus nombres.)* Amanda, Adelaida y Angélica.

Úrsula: ¿Todas con A?

Olivia: Sí, todas con A.

Bernardo: *(en off)* ¿Ya puedo pasar?

Olivia: Sí, sí, pasa.

(Entra Bernardo con cierto nerviosismo. Lleva una bata de cuadros digna de no ser mostrada, es la bata de alguien que ya no quiere ver a nadie. Está en

una órbita muy distinta de la de las médiums y les habla como si fueran simples fontaneros. En realidad a veces parece que lo sean.)

Bernardo: ¿Ya está?

Olivia: ¿Si ya está el qué?

Bernardo: Quiero decir si ya... ¿si ya está limpia la casa?

Olivia: No, por Dios, cómo va a estar limpia.

Bernardo: ¿Y si pueden empezar a trabajar hoy para cuándo calculan que...

(Las dos médium se miran.)

Olivia: No sé.

Úrsula: No sé.

Bernardo: ¿Pero para la semana que viene ya estará, verdad?

Olivia: Ni lo sueñes.

Úrsula: Un desalojo puede llevar meses.

Bernardo: ¿Meses?

Olivia: A ver... ¿tú que creías? ¿Que se puede echar a un grupo de espíritus de la mañana a la noche?

Bernardo: ¿Un grupo?

Úrsula: ¿Sin ningún tipo de consideración? ¿Antes de que encuentren otro lugar donde alojarse?

Bernardo: Pero esta es mi casa.

Olivia: Ellos estaban antes.

Úrsula: Estamos hablando de tres criaturas adolescentes, un ciego sin ningún tipo de autonomía...

Olivia: Una pareja en crisis...

Úrsula: ¿En crisis? ¿Begoña y Rafael están en crisis?

Olivia: Sí, a punto de separarse...

Úrsula: ¿Ah sí? ¿Por qué?

Olivia: Ella, ya en vida, se venía fijando en otro. Y claro, después de muerta es normal que le cueste superarlo.

Úrsula: ¿Pero se quieren?

Olivia: Sí, quererse se quieren, lo que pasa es que...

Bernardo: ¿Alguien me quiere decir cuántos espíritus tengo en mi casa?

Olivia: Sí, hay exactamente... *(mira a Úrsula)* A ver... tres, más tres, más uno...

Úrsula: Tres, más tres, más uno...

Olivia: Son siete. Hay siete. *(Consulta sus instrumentos de cálculo.)* Lo cual significa que... a mil euros por espíritu son siete mil espíritus... quiero decir siete mil euros. La operación asciende a un total de siete mil euros. Sin IVA, y sin factura.

Úrsula: Si quieres factura tenemos que cargarte el 16 % de IVA.

(Bernardo tiene un ataque de indignación. Se levanta y hace un análisis de los hechos.)

Bernardo: No puede ser que tenga siete mil espíritus, quiero decir... siete mil euros. Yo no tengo siete mil euros, yo estoy hipotecado hasta las cejas. Yo he sufrido mucho. ¿Cómo va a haber siete espíritus? ¿Y yo cómo sé que hay siete? Yo ya no puedo creer, en nada puedo creer... Yo me separé de mi mujer porque se había vuelto imbécil. Mi mejor amigo también se volvió imbécil. No tuvieron la culpa, los mordió una tortuga. Son cosas que pasan. Pero yo ya no creo en el prójimo. Yo quiero estar solo. Me compro este piso con todo mi esfuerzo para estar solo y ahora resulta que no estoy solo, que estoy con siete. ¿Y yo por qué tengo que pagar el desalojo? ¿Yo soy el responsable de que haya siete espíritus en mi casa? ¿Por qué no se ocupa el estado? ¿Quién los metió aquí? ¿No hay un organismo especializado para estas cosas? Yo lo que voy a hacer es poner una demanda. ¿Cómo pueden darle la cédula de habitabilidad a una casa que está llena de espíritus?

(Pausa tensa.)

Olivia: Que quede claro que yo no me dedico a esto por dinero.

Úrsula: No, yo tampoco. Y hoy en día las cédulas de habitabilidad se dan por teléfono.

Olivia: Yo por dinero me habría hecho dentista. Y no médium.

Úrsula: Y yo tenista. O notaria.

Olivia: Yo si tengo que trabajar gratis trabajo gratis.

Bernardo: ¿Gratis?

Úrsula: Bueno... gratis, gratis... no. Pero podemos hacerle una rebaja.

Olivia: Yo no hago rebajas.

Úrsula: A setecientos por espíritu serían... déjame los instrumentos de cálculo.

Olivia: Yo no me rebajo. O gratis o nada.

Úrsula: Bueno, pues entonces nada.

Bernardo: O entonces gratis.

Olivia: ¡Gratis! Y no se hable más. Vamos a proceder.

Úrsula: ¿A proceder? ¿Ahora mismo?

Olivia: Sí, ahora mismo. Empieza tú.

Bernardo: ¿Yo me voy?

Olivia: No, tú te quedas. Nos quedamos todos. Los diez.

Bernardo: ¿Los diez?

Úrsula: Sí, siete más tres diez.

Olivia: (A Úrsula.) Adelante. Procede.

Úrsula: ¿Procedo? ¿Te refieres a...? ¿Pongo a Mina?

Olivia: Sí, sí, pon a Mina.

(Úrsula procede. Olivia procede también. Despliegan todo el ritual, acompañado de tensiones, miradas, movimientos, sonidos. De pronto la canción de Mina se interrumpe de manera súbita y empieza a sonar Julio Jaramillo. Las mediums quedan atónitas.)

Olivia: ¿Qué es esto? (A Bernardo.) ¿Qué es esto que está sonando?

Bernardo: Julio Jaramillo.

Olivia: ¿Cómo?

Bernardo: Julio Jaramillo. Un cantante ecuatoriano de pasillos.

Olivia: ¿Cómo que de pasillos? ¿Sólo canta en el metro?

Bernardo: Por qué hay tanta incultura, Dios mío, por qué hay tanta incultura...

Olivia: Es importante aclarar esto de los pasillos. Quizás hubo una desgracia en uno de esos pasillos y es por eso que ahora estas criaturas...

Bernardo: Los pasillos son un género musical hispanoamericano, esto que está sonando.

Úrsula: ¿No es un bolero esto?

Bernardo: ¡NO! (*Apaga la música.*)

Olivia: Lo importante aquí es que si los espíritus han puesto esta canción es porque quieren decirnos algo...

Bernardo: No quieren decirnos nada, lo que les pasa es que están hundidos. Hay que estar hundido para soportar a Julio Jaramillo. Yo ponía esta música cuando me separé de Carla. Se ve que ellos se acostumbraron y ahora la ponen por su cuenta. En cualquier momento, a cualquier hora de la noche... (*Canturrea a Julio Jaramillo.*) Es para enloquecer.

Olivia: Hay que hacer un consejo general. El desamor flota en el aire, el ambiente está cargado de cosas no dichas. Es importante aclarar quién ama a quién y por qué.

Úrsula: ¿Cómo que por qué?

Olivia: Quién no ama y por qué no.

Úrsula: Pero cómo les vas a preguntar eso. ¿Eso se sabe?

Olivia: Eso es lo primero que uno sabe cuando se muere.

Úrsula: ¿Pero no es demasiado íntimo? ¿Lo van a confesar en público?

Olivia: En público. Ahora que estamos todos. (*Capta algo importante.*) Un momento...

Úrsula: ¿Qué pasa?

Olivia: Arturo sigue en la cocina.

Bernardo: ¿Arturo?

Olivia: Hasta que no salga de la cocina no podemos hacer nada. Tenemos que estar todos.

Bernardo: ¿Quién es Arturo?

Olivia: Silencio. Begoña tiene algo que decir. *(Olivia se comunica intensamente con Begoña, mientras los otros la miran. Entra en trance.)* No, Begoña, por Dios... No me digas... Oh, no, lo siento. No, no, por supuesto que no. Puedes estar tranquila. *(Muy solemne y generosa, al borde del llanto complaciente.)* Ésta es tu casa.

Bernardo: ¿Cómo que es su casa? ¿Qué pasa? Ésta no es su casa.

Úrsula: ¿Qué dice?

Olivia: *(Recuperada del trance vuelve a un tono de completa normalidad, comienza quitarse el uniforme y recoge sus cosas.)* Hay un problema con Begoña. Hay algo que cambia radicalmente la situación.

Bernardo: ¿Qué es? ¿Qué está pasando?

Olivia: Begoña está embarazada.

Úrsula: ¡Oh!

Olivia: Yo no puedo desalojar a un espíritu embarazado, iría en contra de mis principios.

Úrsula: Y de los míos.

Olivia: *(A Úrsula.)* De ahí viene la crisis, ya ves... El embarazo fue el detonante que puso en evidencia la situación.

Úrsula: No me digas que la criatura no...

Olivia: Sí te digo, sí te digo...

Úrsula: ¿No es de Rafael?

Olivia: ¿Por qué te crees que Arturo no sale de la cocina?

(Durante este diálogo Bernardo se ha sentado y ha ido desfalleciendo.)

Bernardo: Yo no estoy bien. Estoy tomando pastillas. Yo nunca tomaba pastillas, pero ahora las tomo. Y eso es porque no estoy bien. Y las pastillas no me hacen bien. Pero si las dejo de tomar tampoco estoy bien. Las tome o no las tome me siento mal porque estoy mal. Yo estoy fatal. *(Olivia y Úrsula se han ido acercando poco a poco a él y lo miran con seria compasión. Lo que dice suena como una especie de letanía, la letanía de alguien que ya no es dueño de sí mismo.)* Yo quiero estar solo. Yo ya no creo en el prójimo. No quiero sufrir. Yo perdí a mi amigo, perdí el amor, todo perdí... Fue por una tortuga... Era rosada... Nos la comimos... Pero no se arregló nada... Nada se arregla. Voy a poner una demanda... *(Empieza a sonar una música aterradora. Las dos médiums quedan petrificadas, Bernardo sigue perdido en su delirio. Los tres escuchan. Hay un momento en que la música cambia y se hace todavía más peligrosa. Las dos médiums recogen sus cosas a toda prisa y se marchan. Bernardo se queda. No está solo.)*

Germán y Leo

Personajes:

Germán, primo de Leo y novio de Úrsula, argentino.

Leo, primo de Germán y amigo de Bernardo.

Olivia, medium experta, no tiene amigos ni se le conoce familia.

(Germán mira unos papeles con actitud seria mientras Leo lo observa expectante y divertido.)

Germán: Leonardo...

Leo: Leonardo o Leo, como quier... ay, perdón, como usted quiera.

Germán: Leonardo. Treinta y seis años...

Leo: ¡Ala! ¿Dónde vas?

Germán: ¿Disculpe? // *(Bajito)* No le podés hablar así, Leo...

Leo: Que tengo treinta y cinco.

Germán: Bien, treinta y cinco. Leonardo, treinta y cinco años. Cuénteme, Leonardo, ¿en qué ha estado trabajando últimamente?

Leo: Últimamente en nada.

Germán: ¿Cómo que en nada? // ¿Cómo que en nada, Leo, cómo que en nada?

Leo: A ver... ¿últimamente cuánto es exactamente?

Germán: Los últimos años.

Leo: Ahh, los últimos años. Los últimos años no me acuerdo.

Germán: *(Bajito y rabioso, como si quisiera que nadie los oyera.)* En una guardería.

Leo: ¡En una guardería!

Germán: ¿Y qué función cumplía en la guardería?

Leo: La función de... jugar.

Germán: Y alguna función pedagógica tendría también, ¿no? ¿NO?

Concentrate un poquito Leo, concéntrate. Ya lo hablamos todo esto. Vamos de nuevo. *(Sale y vuelve a entrar. Le da la mano a Leo, como presentándose.)*

Antonio Padilla. Buenos días.

Leo: Leonardo.

Germán: Leonardo. ¿Treinta y seis años?

Leo: Treinta y cinco, treinta y seis, los que quieras, es que me da igual.

Germán: Leo, no me hables a mí, no me hables a mí...

Leo: ¿Pero cómo no te voy a hablar si estamos jugando?

German: No estamos jugando, Leo, no es un juego. Tenés una entrevista de trabajo mañana. Dale, seguimos... ¿En que ha estado traba..?

Leo: ¡Guardería!

Germán: ¿Y qué...

Leo: Peda... do...

Germán: ¡Dejalo hablar, Leo, dejalo hablar!

Leo: ¿A quién?

Germán: A Antonio, a mi jefe. *(Leo se gira como buscando a alguien.)* ¡A mí! Yo soy mi jefe. Yo soy yo, mi jefe es el que estoy interpretando, ¿entendés? Mi jefe es el que te va a hacer una entrevista mañana.

Leo: Sí, sí, si ya lo entiendo el juego...

Germán: ¡No es un juego! Dale, seguimos. //Su primo me contó que trabajaba en una...

Leo: ¿Quién? ¿Mi primo? Mi primo eres tú...

Germán: Yo soy yo, mi jefe es mi jefe, vos sos vos. Cuando yo, Germán, tu primo, me siento acá nos imaginamos que ya no soy yo, Germán, tu primo, porque soy Antonio, mi jefe, el jefe de tu primo, de Germán, o sea de mí...

Leo: Uy, déjalo, déjalo, que así me lío... Empezamos de nuevo.

Germán: Concéntrate, por favor, ponete imaginación. *(Sale de nuevo.)* ¿Estás? Voy, eh. *(Entra)* Buenos días. Antonio.

Leo: *(Lo recibe con una seguridad excesiva y antinatural.)* Leonardo, treinta y cinco años.

Germán: Muy bien, Leonardo. Me interesaría que me hablara de su último trabajo.

Leo: Bueno... Yo era sheriff, sheriff de un condado...

Germán: No existen más, Leonardo, los sheriff, no existen más. Mosso d'escuadra se dice ahora o policía...

Leo: Era mozo...

Germán: Pero no sos policía mi mosso ni...

Leo: Si no puedo inventarme nada este juego es un rollo...

Germán: ¿Vos me entendés, Leonardo, cuando te hablo? ¿Entendés que perdiste tu trabajo, que no tenés donde caerte muerto, que estás viviendo en mi casa, que me estás amargando la vida y que te conseguí una entrevista con mi jefe mañana en la fábrica para ver si sos capaz de parecer normal? Lo que tenés que decirle es que querés trabajar y que te interesa hacer doble turno. Querés trabajar cuatro horas de mañana, parar dos horas al mediodía y trabajar otras cuatro horas de tarde.

Leo: Ah sí, lo del doble turno sí que lo entendí.

(Suena el timbre.)

Germán: ¿Vos esperás a alguien?

Leo: No, yo no.

(Va a abrir. Entra Olivia con un casco.)

Germán: Hola Olivia. No está Úrsula.

Olivia: No, ya sé que no está. Me manda a intervenir.

Germán: ¿Cómo a intervenir? Pasá, pasá si querés. *(Entra, siempre con su actitud de estar viendo más de lo que se ve.)* ¿Querés un té, una bebida, un vaso de agua...?

Olivia: Agua, en vaso o en cualquier otro recipiente.

(Germán sale a buscar el agua.)

Leo: Hola, soy Leonardo, treinta y cinco o treinta y seis años, me da lo mismo, quiero trabajar, quiero doble turno.

Germán: *(Entrando con el vaso de agua.)* Disculpá, es mi primo, que no está bien. Mañana tiene una entrevista de trabajo y estamos probando.

Olivia: Lo sé, lo sé, estoy al tanto. Úrsula cree que hay síntomas de posesión.

Germán: Pero no, qué bobada.. ¿Dónde está Úrsula? ¿No trabajaba hoy contigo?

Olivia: Está en el notario con Bernardo, firmando el contrato de venta del piso. Me dijo que te lo dijera.

Germán: ¿Pero cómo? Si era la semana que viene que íbamos a firmar. No entiendo...

Olivia: Hoy Bernardo estaba muy mal, fatal. Aprovechamos su estado para que os rebajara un poco más el piso.

Germán: Pero eso es una crueldad.

Olivia: ¿Cómo que una crueldad? Lo mejor para él es irse de esa casa cuanto antes. Le estamos haciendo un favor.

Leo: *(Desde la silla donde antes estaba sentado Germán, ha cogido sus papeles y se dirige a Olivia.)* ¿Nombre?

Olivia: Olivia.

Leo: ¿Profesión?

Olivia: Médium.

Leo: ¿Edad?

Olivia: Eso nunca se sabe.

Germán: Dale, Leonardo, vamos a seguir, salí de esa silla. Disculpá Olivia, pero no te puedo atender, tengo que seguir con mi primo... si querés esperar a Úrsula...

Olivia: Vosotros seguid, seguid, yo de momento sólo voy a observar.

Germán: *(A Leo.)* Dale, nos saltamos las presentaciones, vamos directamente a lo que te va a preguntar sobre la fábrica. ¿Y qué le parece la planta?

Leo: ¿La planta? ¿Cuál? ¿La de la entrada? ¿La de color magenta?

Germán: La planta es la fábrica, Leo, la fábrica, ya te expliqué. ¿No te acordás de nada de lo que te explico?

Leo: Sí que me acuerdo, pero pensé que ahora la planta podía ser la planta. Las palabras no son todo el tiempo lo mismo.

Olivia: *(Que ha estado salpicando con agua toda la habitación.)* Esta casa está llena de energía positiva. Hasta las paredes están felices. Es algo raro. Hay una casa feliz entre mil.

Germán: *(Orgulloso.)* Bueno sí, con Úrsula estamos bien, somos felices, vamos a casarnos y...

Olivia: No, no, no, no eres tú el foco de felicidad, tú eres un foco de angustia. Él, él es la criatura feliz, excesivamente feliz... es peligrosísimo, no se puede vivir sin estrés adaptativo: urge intervenir.

Germán: Mirá, Olivia, no sé qué te diría Úrsula, si querés te sentás acá a esperarla. Yo sé que ella está muy contenta trabajando contigo. Yo no tengo nada en contra, las respeto estas cosas pero no las comparto. No tengo nada en contra pero no vas a *intervenir* *(A Leo, gritando, mientras le arranca de las manos una tortuga de peluche.)* ¿Podés dejar quieta esa tortuga, por favor? ¿De dónde salió ésta?

Olivia: ¡No, no, no! No manipules con esa violencia a la tortuga, es evidente que es un símbolo, incluso puede ser el puente de contacto con una dimensión que nos trasciende.

Germán: Mirá, si querés ayudar perfecto. Vos podés sentarte acá y hacer de funcionaria de recursos humanos.

Olivia: ¿Yo hago de funcionaria de recursos humanos y tú de medium?

Germán: ¿Qué de medium? En una fábrica no hay médiums.

Olivia: Así les va.

Leo: *(A Olivia, metido en su papel.)* Yo quiero trabajar primero cuatro horas, y después dos horas, y después cuatro horas más...

Olivia: Me parece estupendo.

Leo: Ya está, trabajo con Úrsula y con Olivia.

Olivia: Leonardo, ponte en pie. Recoge toda la felicidad que captas a tu alrededor, siéntela y cógela entre tus manos. *(Leo obedece. Olivia se dirige a Germán, en actitud cómplice.)* Es un método de contrachoque.

Germán: ¿Pero tiene alguna base psicológica esto?

Olivia: Es Gestalt, pura Gestalt.

Germán: ¿Y seguro que no le va a hacer mal?

Olivia: Eso nunca se sabe.

Leo: *(Como sosteniendo algo muy grande entre las manos.)* ¿Y qué hago ahora con la felicidad ésta?

Olivia: Engúllela, trágala, hártate de felicidad. *(Olivia se dirige a Germán mientras Leo obedece.)* Cuando se harte lo vomitará todo. *(A Leo.)* Imagina helados de felicidad, espaguetis de felicidad. *(A Germán)* ¿Qué le gusta comer?

Germán: Y no sé... tiras de asado, ñoquis.

Olivia: Tiras de asado de felicidad, ñoquis de felicidad...

Germán: Alfajores...

Olivia: Alfajores de felicidad...

Germán: Con dulce de leche...

(Leo va comiendo con voracidad todo lo que oye. De pronto parece atragantarse.)

Germán: ¿Leo estás bien?

Olivia: ¡Funciona, funciona!

Germán: Dejá ese helado Leo, dejalo. ¡Se está atragantando!

Olivia: Escúpelo Leo, escúpelo.

Leo: *(Habla medio atragantado.)* No lo pienso escupir, si está buenísimo.

Olivia: Arrójalo, Leo, impulsa de ti toda esa felicidad, vomítala.

Germán: No, pará. Si va a vomitar voy a buscar algo. Que vaya al baño a vomitar, acá que no vomite.

Olivia: Es un vómito simbólico Germán, simbólico. (*Germán le entrega a Leo, que parece a punto de vomitar, el casco de Olivia.*) ¡No, mi casco no! (*Leo vomita dentro del casco de Olivia. No parece simbólico. Cuando acaba, Germán se lleva el casco.*) ¿Cómo estás, Leo?

Leo: Muy bien, ¿puedo comerme otro helado?

Olivia: ¿No te parece todo un poquito más gris, un poquito más feo? ¿El mundo no te resulta un poco más sórdido? ¿La gente un poco más antipática?

Leo: Tú ya eras antipática.

Germán: (*Que ha vuelto.*) Leo, vamos a olvidarnos de la entrevista de trabajo y mañana vas a ir con el doctor Horacio. A ti te pasó algo de chiquito y por eso estás mal. ¿Tú te acordás si hubo alguien que abusó de ti...?

Leo: Sí, todo el mundo.

Germán: No me refiero a abusos normales Leo, tiene que haber otra cosa...

Olivia: Horacio... ¿Psicólogo?

Germán: Sí, psicólogo.

Olivia: ¿Argentino?

Germán: Sí, argentino. ¿Algo que objetar?

Olivia: No nada, nada. Pero no es necesario tomar una decisión tan desesperada. Por la mitad del precio yo puedo...

Germán: ¿Precio? ¿Cómo que precio? ¿No viniste porque te pidió Úrsula? ¿Le vas a cobrar a Úrsula?

Olivia: Un momentito joven, un momentito... Yo si tengo que trabajar gratis trabajo gratis, eso que quede muy claro. Yo no me dedico a esto por dinero. Yo por dinero me habría hecho nota...

Leo: Tengo hambre. ¿Jugamos a que yo llego de la calle y me habéis preparado una fiesta sorpresa de cumpleaños con un pastel enorme y con alfajores y ganchitos y hamburguesas del MacDonalds y patatas fritas...

Germán: ¡No!

Olivia: Sí, eso es, celebremos un cumpleaños. No hay nada más triste que celebrar un cumpleaños.

Germán: Yo no puedo más ya...

Olivia: Confía, confía, esto va a funcionar. Tengo... un palpito.

Leo: Yo venía de la calle, ¿vale? *(Sale y vuelve a entrar.)* ¡Oh! Una fiesta de cumpleaños, qué sorpresa. ¡Mi pastel preferido, de aguacate y lima! Gracias, muchas gracias. *(Los besa conmovido.)* Yo lo reparto, ¿vale? *(Se sienta en medio de los dos y reparte los trozos de pastel. Los mira.)* Comed.

Germán: Comé tú, Leo, comé tú. *(A Olivia.)* ¿La idea es que vomite de vuelta?

Leo: *(Como un niño tiránico, rey de su juego.)* ¡Comed! ¡Vosotros! *(Olivia le hace un gesto a Germán y comienzan a comer.)*

Olivia: Umm... qué bueno está este pastel.

Germán: Sí, que rico... umm

Olivia: Ahora tú, Leo.

Germán: Sí, Leo, comé tú, dale...

(Leo comienza a comer con gran placer y expresividad ante la mirada expectante de los dos. Come cada vez más y más y de pronto su expresión de felicidad empieza a transformarse.)

Olivia: Ahora... sí... está ocurriendo... No podía fallar... No existe un cumpleaños perfecto. ¿Qué pasa Leo? ¿Qué es lo que falta? ¿Qué sobra?

Germán: *(Preocupado.)* ¿Leo estás bien?

Leo: No. No estoy bien. No estoy bien. No hay regalos. Es un cumpleaños sin regalos. ¿Qué mierda de cumpleaños es este?

Olivia: Nos hemos olvidado los regalos, Leo. No hay regalos. *(Leo la mira con cara de horror total, no se sabe si a punto de quebrarse en llanto o de enloquecer de ira.)*

Germán: Tranquilo Leo, mañana te compro un regalo.

Leo: *(Asoma a su rostro un rayo de esperanza.)* ¿Sí?

Olivia: ¡¡No!! Nunca más habrá regalos que valgan la pena en tu vida. Este cumpleaños te dejará marcado y nunca más podrás disfrutar de un regalo.

Germán: No le digas eso, se va a enfermar.

Olivia: Ya está enfermo. ¡Húndete, Leo! Se acabó la felicidad. A partir de ahora vas a tener una vida normal y corriente, infeliz y miserable como la de cualquiera.

(Leo da miedo, las fases de depresión se alteran con la ira. Coge el cuchillo de la tarta y los amenaza. Luego lo blande contra sí mismo.)

Germán: Soltá ese cuchillo Leo.

Olivia: Es un arma simbólica, no va a pasar nada.

Germán: Sí, el vómito también era simbólico y mirá cómo quedó el casco... Una muerte simbólica puede ser peligrosísima. Andá a saber cómo empieza a comportarse si cree que se mató.

Olivia: Libera tu ira Leo, sácala.

Germán: No saques nada, soltá eso. Vamos a ir a ver a Horacio y vas a estar bien. Vamos a averiguar qué te pasó de chiquito.

Leo: No me pasó nada de chiquito, nada, ahora me pasa. De chiquito me hacían regalos, ahora no... ¿por qué? ¿Por qué nadie me hace un puto regalo? *(Parece a punto de rebanarse el cuello con el cuchillo.)*

Germán: *(Germán, que ha tropezado con la tortuga, la levanta y se la ofrece.)* Mirá, Leo, mirá lo que tengo acá. Es para ti. Es un regalo que escogí para ti.

Leo: ¿Para mí?

Germán: Sí, para ti. ¿Te gusta, verdad? Lo escogí porque sabía que te iba a gustar. ¿Verdad que te gusta?

Leo: *(Titubeando.)* ¿Cómo se llama?

Germán: Soltá el cuchillo, Leo. No... no tiene nombre.

Leo: *(Reacción violentísima de Leo.)* ¿Y yo para qué quiero una mierda de tortuga sin nombre?

Olivia: Te lo dije. No hay ningún cumpleaños perfecto. Ya está curado.

Germán: ¿Curado? Pero mirá como está. Está triste.

Olivia: ¿Triste? Eso no es nada.

Leo: Soy Leonardo.

Olivia: En un rato se le pasa.

Leo: Tengo treinta y cinco años.

Olivia: Tranquilo, va a poder trabajar.

Leo: Quiero trabajar. Quiero doble turno. Quiero trabajar. Quiero doble turno...

Infelices

Personajes:

Úrsula, médium inexperta pareja de Germán. Ahora está retirada pero su relación con los espíritus se ha vuelto enormemente fluida.

Germán, pareja o expareja de Úrsula (no lo tiene del todo claro).

(Úrsula, sentada en una silla, escucha una canción de Mina que la transporta a un estado de desolación que es lamentable ver y aún más lamentable sentir. Ha estado tejiendo una bufanda para su amado ausente y el hilo del ovillo se ha enredado en torno a su vestido, la silla, su cuerpo. Es una figura lastimosa y quieta, sosteniendo las agujas en la mano inmóviles, absorta en un dolor incompartible. Entra Germán. Queda aturdido ante la imagen, incapaz de reaccionar. Siente el impulso de huir, de desaparecer para siempre de la vida de esa mujer imposible, pero también de abrazarla, salvarla, sacarla de ese pozo en el que se está ahogando sin ni siquiera ser capaz de agitar los brazos. Finalmente Germán, inspirado por un momento álgido de la música, levanta el ovillo de lana con sus manos. En ese momento Úrsula siente que la lana del ovillo tira de su vestido. De pronto sabe que Germán está ahí y él sabe que ella sabe que él está ahí. El momento es de una intensidad inenarrable. Lentamente, ella vuelve la cabeza y se miran, con una mirada que apenas logran sostener. Úrsula se vuelve hacia el mando a distancia del aparato de música y lo apaga. Silencio. Hay que volver a mirarse. Lentamente lo hacen y Germán comienza a hablar sin saber qué decir.)

Germán: ¿Estabas escuchando música?

(Úrsula aparta la mirada de él y contesta algo que no se entiende. Germán comienza a enrollar la madeja de lana que sostiene en las manos estúpidamente. Como la madeja está enredada en torno a Úrsula hay un momento en que se produce un acercamiento. Él trata de no tocarla. Ella trata de disfrutar el momento en que él casi la toca. Llega el turno de volver a mirarse y es preciso decir algo. Tengo que ser claro, piensa Germán.)

Germán: Úrsula...

Úrsula: ¿Sí?

Germán: Yo te quiero, pero...

(Úrsula no ha oído el “pero”. Se levanta de la silla como una mujer que acaba de recuperar una felicidad que creía para siempre perdida. La lana enredada en torno a sus pies no le permite arrojarse inmediatamente a los brazos de Germán, y éste aprovecha la ocasión para soltar la madeja y apartarse de Úrsula. Cuando consigue liberarse por fin del enredo, una escoba apoyada en un taburete se interpone entre ellos. Úrsula coge la escoba y barre pletórica de felicidad, a la estela de Germán, que se traslada inquieto por toda la habitación.)

Úrsula: Nos iremos a una casa sin espíritus. Ya no habrá voces que me distraigan de ti y podré darte todo lo que un hombre espera de una esposa. Te acabaré la bufanda. Ya no habrá más rituales de desinfección ni noches en blanco por penas ajenas incurables. Seremos felices porque ya no tendremos que ocuparnos de los muertos y te prometo que no lloraré nunca más.

Él le quita la escoba. Se pone serio, muy serio.

Germán: Úrsula...

Úrsula: ¿Sí? *(Le hace un gesto violento a un espíritu para que se calle y luego vuelve a mirar expectante a su amor.)*

Germán: Lo nuestro no puede ser.

(La contundencia de la afirmación provoca en Úrsula un dolor de una violencia insólita. Mira a Germán hasta que ya no puede seguir mirándolo. Entonces traslada la misma mirada a la escoba que él tiene en las manos, se la quita y repite la misma acción que antes, pero esta vez, en lugar de llena de felicidad, presa de una ira arrasadora aunque impotente. Dan una vuelta en torno al espacio. Finalmente ella deja caer la escoba y se arroja a sus brazos en un ataque de llanto histérico. Está completamente rota: su cuerpo es como el de una muñeca de trapo sin ninguna articulación. Como puede, Germán la sostiene al tiempo que trata de acercar la silla para poderla sentar. Lo consigue pero con mucha dificultad, pues apenas logra mantenerla sentada. Germán intenta exponer sus razones.)

Germán: Cariño... ¿tú no ves que no puede ser? *(Ella, lógicamente, llora más.)*

Yo te quiero, pero...

Úrsula: *(Se arroja desde la silla a sus brazos.)* Yo también amor... *(Él vuelve a sentarla.)*

Germán: Cariño... cuando vinimos a esta casa, cuando nos casamos, todo era distinto... éramos felices, nos queríamos...

Úrsula: *(En un ataque de ira se dirige a un espíritu que la está atosigando.)* ¡Déjame en paz! ¿No ves que estoy con algo importante? *(De nuevo dulce y derrotada, le habla a su amor.)* Sí cariño, nos queríamos... y yo aún te quiero...

Germán: Luego empezaron tus voces, ya sabes...

Úrsula: No son mis voces, son sus voces... *(A un espíritu.)* No me cantes a Julio Jaramillo... ¡Estoy harta de Julio Jaramillo! *(A Germán.)* Amor... yo no tengo la culpa.

Germán: Tus voces, tus gritos a medianoche, esos boleros sonando todo el tiempo...

Úrsula: No son boleros, son pasillos. Y los ponen ellos, no soy yo...

Germán: ¿Cómo que ellos cariño, cómo que ellos?

Úrsula: Sí, ellos, escuchan pasillos porque están enamorados... Ya te lo he explicado... Bernardo los ponía todo el tiempo y ellos se acostumbraron.

Germán: ¿Quiénes son ellos?

Úrsula: Begoña, Rafael, Arturo... ese trío imposible...

Germán: Sí, sí, tú y tu trío imposible... Úrsula... yo soy un hombre sensible.

Úrsula: *(A Begoña.)* ¡Yo no tengo la culpa de que él no te ame! ¡Vete a un psicólogo! *(A Germán.)* Ya sé, cariño, que tú eres muy sensible.

Germán: Yo antes tenía una vida, tuve amigos, fui feliz... Era feliz, era feliz... y ahora soy un desgraciado.

Úrsula: Mi amor... Yo también estoy harta de ellos. ¿No ves que yo era una médium del montón? Los espíritus siempre me habían ignorado... y yo ignoraba la suerte que tenía...

Germán: Esto ha llegado demasiado lejos, Úrsula. Antes te entretenías con el tarot, sacábamos unos dinerillos extras, no hacíamos daño a nadie, pero esto no... yo no puedo con esto... Así no vamos a ningún lado.

Úrsula: ¿Quieres decir que no hay futuro?

Germán: Quiero decir que no hay presente, Úrsula, no hay presente. ¿No te ves? ¿No me ves? Yo también estoy sufriendo.

Úrsula: *(Un espíritu la coge de un brazo y la arrastra hasta el otro extremo de la habitación.)* ¡Un poco de respeto! ¡Por favor, un poco de respeto! *(El espíritu no la suelta y ella queda con el brazo en lo alto, como pegado a un punto invisible. Le habla a él.)* Yo sé que tú sufres mucho, pero todo se puede arreglar. Sólo tenemos que cambiarnos de casa. Nos llevaremos a Samuel porque yo he prometido que me haría cargo. Nos compraremos un perro lazarillo y así estará acompañado. No nos va a molestar.

Germán: ¿Pero qué estás diciendo Úrsula? ¿Qué estás diciendo? Yo soy un individuo sano, entiendes, un hombre normal, no puedo estar con una mujer enferma.

Úrsula: Pero yo no estoy enferma, yo no estoy enferma...

Germán: Lo has estropeado todo Úrsula. Con tus espíritus, tus historias de amores desgraciados, tus muertos, tus ciegos... Y no son sólo tus delirios. Hay algo más, que no es curable. Eres desmedida, para todo, eres desmedida... Me amas demasiado.

Úrsula: *(Solemne.)* Yo no te amo demasiado, simplemente te amo. *(Mira al espíritu con una seriedad infinita y éste por fin la suelta. Ella va hasta la silla y se sienta.)* Pero tú has convertido mi amor en una canción estridente.

Germán: Y tú has matado el mío.

Silencio sepulcral. Han dicho estas dos últimas frases sin mirarse. El momento es tristísimo. Los ojos de Úrsula, a punto de llorar, miran a todas partes. La boca de Úrsula, a punto de llorar, dice:

Begoña, ¿has visto lo que me ha dicho? Begoña, ¿dónde estás? (*Se levanta y la busca.*) Ingrata de mierda, manifiéstate. ¿No te he escuchado yo bastante? Me parece muy bien que los vivos tengamos que ocuparnos de los muertos, pero los muertos también podríais ser un poquito generosos y preocuparos por los vivos, que estamos jodidísimos. ¿Qué te crees? ¿Que sólo se sufre en el más allá? Ahí tenéis todo el tiempo del mundo para arreglar las cosas. Aquí el tiempo se acaba. Y lo peor es que no se sabe cuándo. (...) Pero no... no llores... ¿qué te pasa ahora? ¿Qué novedad tienes? ¿Qué nuevo desastre? (...) ¿Qué poema? (...) ¡Pero no! ¿Qué has hecho, Begoña, qué has hecho? ¿No ves que Arturo es un hombre paralizado por el miedo? Te dije que le citaras a Salinas, a Salinas, te dije hasta el verso: “La rama tiene sus pájaros fieles porque no ata, ofrece”. ¿Cómo le vas a citar a Alejandra Pizarnik? A una mujer que es puro exceso, que se suicidó a los 36 años. (...) No seas ridícula, tú no puedes suicidarte, ya estás muerta. (...) Pero no, criatura, no te pongas así, si yo te entiendo, te entiendo, pero es que ya no puedo más... Mira cómo tengo a mi marido... (...) No hay pócimas, Begoña, no hay sortilegios. Todo depende de nuestra voluntad y nuestro deseo. (...) Y el de los otros, sí, claro, también está el de los otros. Ojalá fuéramos completamente inofensivos.

Él se ha ido acercando.

Germán: Úrsula, yo... aún te amo, pero no puedo ser feliz contigo.

Úrsula: (*Mirando al vacío, como en un trance, agotada y sin fuerzas, abandonada a una tristeza que no va a acabar nunca pero que ya no se agita.*)

Yo no necesito que seas feliz. No necesito que seas feliz.

Él la abraza. Suena Julio Jaramillo. Oscuro lento.

Epílogo

Suena la canción “Tengo derecho a ser feliz”, de Puma Rodríguez. Los actores de la pieza van apareciendo escalonadamente en escena y cantan la canción en playback. Cada uno interpreta dos versos. Desde el principio se advierte que compiten por ser el centro de atención de los espectadores, primero con sutileza y progresivamente de una manera cada vez más evidente. Entre ellos prácticamente se ignoran y también están llenos de desprecio hacia el público. Es el desprecio del que sufre y “ha sufrido”, del que cree haber sufrido más que nadie. El estribillo, que repite de una manera obsesiva y torturada la afirmación “tengo derecho a ser feliz” lo cantan todos a la vez, compitiendo con un frenesí que los hace acabar maltrechos en el suelo por las agresiones que reciben y que infligen. En conjunto es todo tan ridículo que produce más risa que tristeza. En ningún momento debería haber parodia.